



LOS DESEOS COMO VENTANA DEL CIELO

El mensaje cristiano, su verdad y el don que Dios nos quiere expresar y compartir, se manifiesta en tres trascendentales principales *Bonum, Verum et Pulchrum* (lo bueno, lo verdadero y lo bello). Es muy importante mostrar que Dios es lo verdadero, pero también que es bueno y que es bello. Quizás nuestro mundo moderno y posmoderno únicamente ha escuchado ecos de que existe Dios y lo ve como una verdad, pero como una verdad que le resulta antipática, que no le resulta atrayente y que no plenifica su vida. Es como una verdad desconectada del bien y de la belleza.

Sin embargo, para que el mensaje cristiano resulte significativo y atrayente al hombre de nuestro tiempo, es importante presentarlo en la conjunción de los tres trascendentales: lo bueno, lo verdadero y lo bello (*Bonum, Verum et Pulchrum*). Mientras uno no entienda que la moral no es un conjunto de prohibiciones que se derivan de una fe religiosa que nos prohíbe determinadas cosas ("*es que esto a mí me lo prohíbe mi religión*"), verdaderamente no hemos llegado a expresar ante el mundo la bondad de Dios.

Santo Tomás decía, algo no es malo porque me lo prohíbe mi religión; en todo caso, mi religión me lo prohíbe porque es malo para mí. Según cómo lo presentes, las cosas tienen dos aspectos muy distintos. "*Esto es malo porque me lo prohíben mi religión. Es que los católicos tenemos prohibido la anticoncepción*". No es por ser católico; es al revés. Esa prohibición no es sino un recordatorio de que es malo para ti. Ofende a Dios lo que daña al hombre.

Mientras uno no haya llegado a entender eso, vamos mal, porque no hemos entendido que lo verdadero es bueno para ti; no es una especie de afirmación caprichosa de que a Dios se le ha ocurrido esto y, como a Dios se le ha ocurrido, tú eres seguidor de su religión y te toca esto.

Lo mismo con lo bello. Lo que nace de Dios no solo es bueno, es, también, bello y la belleza resulta atrayente al corazón humano. Cuando uno descubre la belleza, se siente cautivado por ella y se pregunta de dónde nace. Esta belleza tiene que tener una fuente que la explique, y entonces descubre que esa belleza nace de Dios.

Me acuerdo de una anécdota que no olvidaré nunca: Hace años estaba en la plaza de San Pedro del Vaticano, en aquel incomparable lugar, apoyado en las columnatas, a la sombra para que no me diera sol. Había al lado mío una madre y una hija francesas que hablaban en francés, y un poco les entendía. La madre, me pareció del perfil del mayo del 68, que han hecho profesión de su ateísmo, y le decía a la hija, mirando la plaza: "*Todo esto es un invento de la Iglesia para sacar dinero y explotar a la gente*". La hija le

respondió: *"No sé, mamá, a mí todo esto me parece demasiado bonito para que sea mentira"*.

Me quedé impresionado. Una hija diciendo eso a su madre y teniendo la sensibilidad para percibir una belleza que le lleva a decir, toda esta belleza no puede ser mentira. Esa belleza tiene que tener una fuente de la que haya nacido.

Cuando vi esa escena, me dije: hay esperanza, porque un corazón, con esa educación que ha podido recibir. Hay esperanza en el corazón del hombre, hay una sed de belleza, de bondad y de verdad. Por mucho que está cayendo, la que está cayendo, en el corazón del hombre anida ese deseo de plenitud. De eso quería hablar en esta charla: de los deseos como una ventana desde la que descubrimos a Dios dentro de nosotros.

Es verdad que muchas veces he insistido en mis charlas, no es lo mismo desear que querer, y que hay que distinguirlos, porque si tú confundes "quiero" con "me apetece", voy mal. Pero al mismo tiempo que hay que entender que muchos de nuestros deseos no coinciden con nuestra voluntad y tampoco se puede hacer una afirmación de que todos los deseos son malos y contraponer deseo y voluntad, porque entonces estamos rotos. Es como el que dice: *"Todo lo que me gusta, una de dos, o es pecado o engorda"*.

Se tiene la sensación de que los deseos son contrarios al querer y a la voluntad de Dios, y resulta que hay tal antagonismo entre deseos y voluntad de Dios que eso no puede ser, eso no es verdad. No es verdad que Dios venga a frustrar tus deseos o que venga a impedirte ser libre; más bien Dios viene a dar plenitud a tus deseos y es verdad, también, que los deseos hay que educarlos

Decía Juan XXIII: *"Consulta no a tus miedos, sino a tus esperanzas y tus sueños. No pienses en tus frustraciones, sino en tu potencial sin explotar. Que no te inquiete lo que has intentado y no has conseguido, sino lo que todavía puedes hacer"*. Él insistía mucho en hacerle caso al corazón en esos deseos que tiene, porque también han sido puestos por Dios. A Dios no sólo le discernimos en lo que la razón va descubriendo, también escuchando al corazón.

Malo es confundir la esperanza con los deseos devaluados, con los deseos pecaminosos. No confundas eso, pero los auténticos deseos que anidan en el corazón del hombre son reveladores de la verdadera esperanza que Dios quiere darnos.

Hay que saber descubrir cuáles son los deseos que llevo dentro de mí que son los verdaderos reveladores de la esperanza que Dios quiere darme. No hay nada malo en desear grandes cosas, en desear más. El Salmo 37, 4 dice: *"Sea el Señor tu delicia, y Él te dará lo que desea tu corazón"*. Es Palabra de Dios: Él te dará lo que desea tu corazón. Por tanto, si discernimos, purificamos y educamos nuestros deseos, pueden transformarse en motores de nuestra santificación.

No tienes que reprimir tus deseos; “a ver si soy capaz de ser como un pedazo de hielo o de piedra” anulando mis deseos, así voy a ser santo No, por ahí no vamos. La antropología cristiana nos dice que para eso hay que discernirlos, purificarlos, educarlos, y así se transformarán esos deseos en motores de nuestra santificación.

Ante los deseos que anidan en nuestro corazón hay fundamentalmente tres posibles actitudes:

Primero, la actitud del adicto

E que se rinde a sus deseos, sean los que sean. Las pasiones y los deseos le consumen. El adicto convierte a sus deseos en ídolos ("eso que veo es lo que quiero, lo que me apetece"), en vez de descubrirlos como un punto de partida para algo más grande.

El drama del adicto es que estos ídolos son fuente de placer de una manera muy parcial y terminan dejándole insatisfecho, por lo que le generan una búsqueda de un placer inexistente: busca un placer y le deja insatisfecho, y busca más y le deja insatisfecho y busca más. Decía un psicólogo que nunca se tiene bastante de lo que en realidad no se desea.

El adicto nunca está satisfecho, un ejemplo, la droga. Quiere más porque nunca se tiene bastante de lo que en realidad no desea. Así es que tú no desees la droga, tú desees otra cosa y no te has enterado. A ver si lo buscas.

San Agustín en las Confesiones viene a decir que a veces estamos buscando a Dios, y como no lo buscamos, de repente estoy buscando otra cosa. Este que se droga, lo que no se entera es que está buscando a Dios, y por eso no tienes nunca suficiente con la droga, porque no es eso lo que estás buscando.

Pero esta es la actitud del deseo; no enterarse que Dios nos ha puesto unos deseos que apuntan a Dios. El refrán dice *“cuando el sabio señala la luna, el necio mira el dedo”*. El drogadicto se quedó mirando al dedo.

Claro que tienes un deseo de plenitud, pero te has quedado mirando el dedo; el dedo apuntaba arriba. Entonces hay que decir que, en lugar de perseguir el encuentro con lo sagrado que se esconde detrás de los deseos, el adicto se instala en el placer momentáneo, se queda atrapado en él y no descubre lo que hay detrás de ese deseo que tiene. Esta es la primera actitud: la del adicto.

La segunda, el estoico.

El estoico es el que pretende ser de cartón piedra; de alguna manera teme y rechaza sus deseos, dice: "Ni siento ni padezco". Intentan negar los deseos que tiene, pero eso no es vivir en verdad. Los deseos reprimidos van a volver a la carga, van a salir, se van a vengar aunque tú intentes reprimirlos.

La negación represiva suele estar acompañada de unos desahogos secretos que te hacen polvo, porque es como una bomba lapa: yo estoy negando que exista, pero esos deseos, si no los reconoces, si no descubres en ellos a dónde apuntan y sencillamente los niegas, van a salir por donde menos piensas y te van a llevar a una doble vida muy fácilmente.

Vas de estoico "yo no necesito otra cosa que cumplir el deber, el deber y el deber", pero integra tus deseos en eso. Ese ideal estoico de negar tus deseos al final va a saltar, va a estallar tarde o temprano.

El místico.

Entendiendo por místico tú, yo y todos los cristianos, porque todos los cristianos estamos llamados a ser místicos. No le tenemos que tener miedo a la palabra "místico". Un famoso teólogo, Karl Rahner, decía, en el año 1950, *"el cristiano del futuro o será un místico o no será cristiano"*

Por lo tanto, a diferencia del adicto y del estoico, el místico es aquel que descubre a Dios presente detrás de cada deseo, en cada instante de las experiencias más mundanas. Se dio cuenta de que Dios está presente en todo. Para el místico, los deseos son la puerta del cielo, son la ventana del cielo. El místico descubre que sólo Dios puede colmar sus ansias más profundas, que los deseos que tiene en el fondo son deseos de Dios. El místico lo hace para recordarse a sí mismo que tiene un hambre infinita de Dios.

Ese místico, ese cristiano, tiene un proceso para ir descubriendo e ir educando sus deseos, y ese proceso tiene etapas. Como antes os he dicho que los deseos tienen que ser discernidos, purificados y educados, ese místico tiene tres etapas fundamentales:

La etapa de la vía purificativa, en la que Dios te enseña a purificar tus deseos.

Muchas veces los deseos hay que purificarlos también negándote a ti mismo tus deseos, porque si tú no eres capaz de decirte "no", no serás capaz de disfrutar de las cosas. Alguien que no sabe decir "no" a su deseo no podrá descubrir en el deseo la belleza que se esconde.

Un ejemplo, para poder disfrutar de una comida maravillosa y ver en ella el don de Dios, es bueno también ayunar, porque cuando uno ayuna, descubre la maravilla de la comida; si no, es que no encuentra que nada es un don.

La etapa de la vía iluminativa, en la que poco a poco Dios le va revelando lo que se esconde detrás de sus deseos.

Y la etapa de la vía unitiva, que te permite experimentar cómo tus deseos se acaban uniendo con la voluntad de Dios, hasta llegar a un momento en que uno pueda decir: "Señor, mi deseo es tu voluntad, tu voluntad es mi deseo".

Para llegar a eso y que sea sólo una palabra bonita, tiene que haber habido una etapa purificativa e iluminativa. Así aprendemos que Dios no es enemigo de nuestros deseos, sino que quiere satisfacerlos hasta un punto que nunca hubiésemos soñado.

Dios quiere saciar las aspiraciones más profundas de nuestro corazón, incluso las que no conocemos. Tu corazón tiene aspiraciones que todavía no has descubierto y Dios las sembró; tienes que aprender a descubrirlas y así entenderás que Dios no viene a frustrarte, no viene a planificar tus deseos. Esto cambia la perspectiva, porque entonces Dios es significativo para mí. Lo que muchas veces hemos subrayado es que ser feliz coincide con ser santo; entonces las cosas se ven de otra manera.

Hay un libro en el que me baso, fundamentalmente, para esta charla, *"Dioses rotos. Los siete anhelos del corazón humano"*, del Dr. Gregory K. Popcak. El autor hace una propuesta, el corazón del hombre tiene, fundamentalmente, siete deseos. Dios puso en el corazón de todo hombre siete grandes deseos. ¿De dónde saca lo de siete? ¿Por qué no seis o nueve? El número viene de los siete pecados capitales. Los pecados capitales nos dan una pista muy interesante, para ver cuáles son los verdaderos deseos que Dios sembró y en la distorsión de esos deseos en qué ha quedado.

Los siete pecados capitales son la distorsión de los verdaderos deseos. El demonio se ha servido de los deseos que Dios sembró en nuestro corazón para desviarlos y para convertirlos en pecados capitales. San Agustín dice: *"Nuestros propios vicios, si los pisoteamos, nos sirven para hacer una escalera que nos remonta a las alturas"*. Pero hay que ver dónde estuvo el don de Dios y dónde el tentador deformó las cosas. Es muy interesante.

Cristo quiere enseñarnos que, si nuestros deseos naturales van unidos a su gracia, pueden servirnos como un vehículo que nos conduce a la santidad. Los deseos tienen que ir unidos a su gracia porque la naturaleza ha sido herida por el pecado, y sin la gracia de Cristo el don natural fácilmente se desvía y se deforma; necesitamos el don de la gracia para vivir los deseos naturales que Dios siembra en nosotros.

La fuerza de los deseos fue utilizada por Satanás para conducirnos a los pecados capitales, y ahora debe estar habitada por la gracia y por el Espíritu Santo para apuntarnos hacia Dios. Es la teoría del libro y me parece muy interesante.

Los deseos en sí son buenos, son de Dios, y además son muy necesarios para que alguien se tome en serio la santidad. Alguien que no tiene deseos, que no tiene pasión, que no tiene pasiones, no tira; cuando no tiene fuerzas, no va a ser santo ni nada. Para ser santo hay que ser pasional, como era San Agustín.

Es verdad que las pasiones le llevaron a San Agustín por mal camino durante mucho tiempo. Porque esto de las pasiones o de los deseos es algo así como el auriga del carromato de los romanos que conducía unos corceles, como en la película de *Ben-Hur*. Cada uno de nosotros tenemos que conducir esos caballos que son las pasiones, los deseos y es importante que los caballos estén sanos y que tiren con fuerza, pero también hay que saber conducirlos y tu tienes que ser el auriga que diga, “ahora para la derecha, ahora para la izquierda”.

Que los caballos tiren es importante, porque por muy bueno que sea el auriga, si los caballos no tiran, ¿a dónde vamos? Por tanto, no hay que tenerle miedo a ser pasional. Cuando se dice “este tiene madera de santo”, no se suele decir “es muy buen chico, desde que era pequeñito jugaba a decir misas”. No, eso no suele ser así. Cuando se dice que tiene madera de santo es porque es de raza y tira con fuerza, se toma la vida en serio y tiene una pasión. Es buena señal porque tiene unos deseos fuertes, que hay que saber conducir.

Esos deseos buscan a Dios, están creados por Dios y hay que ponerles nombre. En esa búsqueda de Dios, uno puede estar buscando a Dios sin saberlo. Si tú buscas algo y no has terminado de saber qué es lo que estás buscando, los deseos se desorientan; hay que ponerle un nombre a eso que buscas para que entonces no te equivoques en el destino.

La tesis que yo os voy a compartir, es ir desgranando deseo por deseo, frente a cada pecado, para irlos descifrando:

1. La **soberbia** es una deformación del deseo de **abundancia**, que Dios sembró en nuestro corazón.
2. La **avaricia** es una deformación del deseo de **confianza**, que Dios sembró en nuestro corazón.
3. La **lujuria** es una deformación del deseo de **comuni3n**, que Dios sembró en nuestro corazón.
4. La **ira** es una deformación del deseo de **justicia**, que Dios sembró en nuestro corazón.
5. La **gula** es una deformación del deseo de **bienestar**, que Dios sembró en nuestro corazón.
6. La **envidia** es una deformación del deseo de **dignidad**, que Dios sembró en nuestro corazón.
7. La **pereza** es una deformación del deseo de **paz**, que Dios sembró en nuestro corazón.

Cada pecado capital es una deformación de un deseo santo y bueno que Dios siembra en nosotros. Si descubrimos los deseos que Dios insertó en la naturaleza del hombre y los unificamos y los iluminamos, estaremos colaborando con el plan de santificación que Dios tiene en cada uno de nosotros.

Vamos uno por uno:

Deseo natural divino de abundancia. Dice Jesús: "*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*". Nadie quiere ser un poquito feliz. El hombre ha sido creado para una felicidad plena y absoluta y no se conforma con poco.

Hace poco hubo una campaña publicitaria en España sobre los juegos de azar (las campañas publicitarias saben mucho del corazón del hombre) para que comprasen lotería, y te decía "Un barco", ¿qué te ha venido a la mente al decir eso? A que no has pensado en un barquito; has pensado en un gran yate, puestos a pensar, no te ha venido a la cabeza un botecito, te ha venido un yate, confíésalo". Luego decía la campaña publicitaria: "No tenemos sueños baratos". Curiosamente, la campaña publicitaria juega con este resorte: con el resorte del deseo de abundancia.

La soberbia es el pecado capital que corrompe el deseo natural de abundancia, llevando al hombre a confiar en su propio poder para alcanzar la abundancia ("yo voy a conseguir eso"). Claro que el hombre tiene un deseo de abundancia y de plenitud y no se conforma con menos, pero la soberbia es "yo voy a ser el que domine y satisfaga todas mis metas".

Es decir: "Yo no necesito de Dios, ni de nadie para esa plenitud". En lugar de abrirnos a la vida para alcanzar esa abundancia, gritamos: "¡Yo solo!". Eso es la soberbia. Por eso se dice que la virtud contraria a la soberbia, es la humildad.

Cada pecado capital tiene una virtud contraria. La **humildad** es el antídoto a la soberbia que te hace receptivo a los demás, para poder alcanzar la abundancia. La verdadera humildad no es decir "yo no quiero nada"; ¡tú quieres la abundancia como todo el mundo! Ábrete a los demás y reconoce que Dios te ha dado muchos dones para alcanzar esa plenitud de abundancia que tu corazón busca.

Por lo tanto, por la virtud de la humildad, todo lo que te rodea suma, mientras que para el soberbio todo lo que le rodea resta. El humilde dice: "Todo es un regalo de Dios, todo suma", y así alcanza la abundancia y la plenitud que su corazón quiere. El soberbio todo lo resta y nunca alcanza la abundancia.

Dios sembró en nosotros un deseo de abundancia, un deseo de plenitud. Estar lleno de ilusiones es una buena señal; tener un corazón que desee cosas grandes, es una buena señal. Por eso es bueno educar los corazones en grandes ideales. Que un padre le diga a un hijo: "Oye, ¿has visto esa cumbre de ese monte? ¿Y si nos subimos hasta allí?". Y que el hijo diga: "Vale, papá".

Saber suscitar grandes deseos es educador del corazón del hombre, porque hemos sido creados para eso; si no, vas a quedarte ahí, haciendo "tumbing" o haciendo "zapping" haciendo lo fácil. Así no se educa el corazón que busca una plenitud. Es importante educar en el idealismo que busca ideales grandes, pero hacerlo por el camino de la humildad, no de la soberbia, viendo cómo todos los demás le ayudan a alcanzar esa plenitud.

A veces en el deporte se asume esta actitud: "Tienes que ser tú el primero, porque tú tienes que ganarles a todos". Estamos dirigiendo a la gente al fracaso, a la frustración. O eres tú el que ganas o te vas a frustrar.

Deseo natural divino de la dignidad, que el demonio corrompió con la envidia.

El hombre necesita tener autoestima. Nuestra dignidad no reside en el dinero que tengamos, en el estatus, en los triunfos o en los reconocimientos de los demás; nuestra autoestima reside en sabernos amados, queridos. El plan de Dios es que cada uno de nosotros tengamos una infinita dignidad creacional.

¡Dios no hace basura, Dios no se equivoca!; Dios te ha hecho a su imagen y semejanza, ¡eres digno, tienes una gran dignidad! Somos, porque hemos sido amados y además participamos de la filiación divina. Fíjate en tu dignidad: "Yo no soy el dueño del mundo, pero soy el hijo del dueño", que no está mal.

Esa es la dignidad del ser humano. Entonces llega la tentación de la envidia, que es el pecado que corrompe el deseo de dignidad. La envidia convierte la vida en una competición con los demás para ser valorado por encima de ellos; ese es el problema.

En la película de Eduardo Verástegui, *Little Boy*, el padre le dice a su hijo: "Mira, tú no te midas nunca de la cabeza para abajo, mídete de la cabeza para arriba". El problema está cuando te mides de la cabeza para abajo, mídete de la cabeza para arriba y así no te compararas con nadie. La envidia viene a corromper el sentido de la dignidad porque estás todo el rato mirando para la izquierda y mirando para la derecha. Te da un torticolis espiritual de mirar para otros dos lados para ver si al final yo soy digno o no soy digno. Eso es un desastre.

La envidia es un pecado que corrompe el deseo de la dignidad, convierte nuestra vida en una competición con los demás para ser valorado por encima de ellos; necesitas tener a alguien debajo del pie tuyo, para ser alguien.

Paradójicamente, el pecado de envidia consiste en desear y conformarse con menos de lo que Dios quiere darte. Lo que Dios quería darte es mucho más, y tú parece que quieres tener una autoestima fundada en que le he ganado a alguien. ¡Vaya tontería! Dios te quería mucho más que eso, te quería dar mucho más, y tú estás fundando tu autoestima en que has sacado mejores resultados que este o en que te han reconocido. Vaya bobada, estás fundando tu autoestima en cuatro migajas; Dios te quería dar mucho más.

Si la soberbia nos lleva a convencernos de que no necesitamos de nadie para alcanzar la felicidad, la envidia nos lleva a mantener distancia hacia quienes nos podrían ayudar.

¿Cuál es la virtud contraria a la envidia? La caridad, entendida como la amabilidad que nos ayuda a dar la espalda a todo tipo de envidia y que nos ayuda a socializar, a recibir de todos los demás tantas cosas.

En resumen, el deseo de dignidad es maravilloso cuando busca la fuente correcta, Dios, la fuente de mi dignidad, y cuando no siente la dignidad del prójimo como competidora de la suya propia. Precisamente, el mensaje que he mandado hoy en las redes sociales viene a decir que una muestra de la verdadera felicidad es la capacidad de alegrarse de que los demás sean más felices que yo. ¡Bendito sea Dios; eso es una gozada! Tener la capacidad de alegrarse de que los demás sean más felices que yo es signo de tu felicidad, ni más ni menos.

Deseo natural divino de justicia. Dios sembró en nuestro corazón un deseo de justicia, lo tenemos en el ADN espiritual, está inscrito en nuestra alma. Todos damos por hecho que el mundo debe funcionar mejor. El deseo de justicia nace de la añoranza del paraíso terrenal, vivíamos en un mundo en el que existía la justicia, y nos recuerda la promesa de Dios de restaurará la justicia en su advenimiento final.

Dice el Evangelio, se había sembrado el trigo y de repente aparece la cizaña porque ha venido el maligno por la noche y ha sembrado la cizaña. Viene el maligno y siembra la ira. Entonces parece que la ira es justicia, pero eso no es justicia, eso es otra cosa; cualquier parecido es pura casualidad. Es pecado capital que corrompe el deseo de justicia.

La ira, a diferencia de una indignación contenida, te empuja a obrar de forma que las cosas empeoran. Decía San Ambrosio, padre espiritual de San Agustín: "*Nadie se cura a sí mismo, hiriendo a otros*". Por ahí no vamos a ningún lado; lo que haces es complicar más las cosas. El maligno vino y deformó el deseo de justicia y lo convirtió en odio.

¿Cuál es la virtud contraria a la ira? La paciencia. La paciencia es la virtud que contrarresta la ira y que permite dar una respuesta respetuosa y proporcionada a la injusticia. La paciencia es compatible con una necesaria indignación frente a la injusticia, porque está bien que nos indignemos ante la injusticia, pero viviéndolo con paciencia, porque Dios dijo: "Ten paciencia hasta que llegue el momento final y entonces arrancaremos la cizaña", no dijo que tú por tú cuenta te pongas a arrancarla.

En resumen, cuando dejamos de soñar en la justicia, es mala señal. A veces ocurre que cuando uno era adolescente o joven estaba lleno de deseos de justicia y, al alcanzar una situación en la que ya tiene coche, novia y bienestar, dice: "Dejémonos de tonterías de juventud, voy a pensar en mi bienestar y a ver si me compro una segunda vivienda, luego la tercera, la cuarta".

Tus deseos de justicia fueron como sueños de juventud. Pero, cuando contamina ese deseo de justicia con la ira (que también lo vemos en nuestro tiempo en movimientos juveniles que son reivindicativos de la justicia, pero están totalmente contaminados por la ira y el odio), no se sabe qué es peor, si el remedio o la enfermedad.

Por eso el deseo de justicia tiene que ir de la mano con el saber esperar. Dios tiene paciencia, ¿no la vas a tener tú?

Deseo natural divino de paz. El deseo de paz anida en el corazón del hombre en medio de conflictos y problemas. Jesucristo se nos presenta como dador de paz. Ahora bien, ese deseo de paz no es lo mismo que "¡que me dejen en paz!". Eso es otra cosa.

Se trata de un deseo de paz que convive con la lucha por la justicia: tengo un deseo de paz, pero sin renunciar a la lucha por la justicia. Si no, tú has deformado el deseo de paz: "A mí que me dejen en paz, que cada uno se meta en sus cosas". Tú has utilizado la palabra paz, pero tú lo que querías decir es "yo paso de todo el mundo y voy a lo mío". Es una deformación del concepto de paz; en el fondo podríamos calificarlo como indiferencia, pereza.

Vino el maligno y deformó ese deseo de paz en la indiferencia, en la pereza que corrompe el deseo de paz. San Maximiliano María Kolbe dice: *"La pereza es la falsa paz de Satanás, el veneno más mortal de nuestros tiempos es la indiferencia"*. En el catecismo, aprendimos que, contra la pereza, diligencia. La diligencia es la virtud que vence a la pereza y que nos ayuda a sostener nuestro deseo de paz.

El deseo de paz nos hace instrumentos de Cristo según el espíritu de la bienaventuranza, pero es importante que la paz no sea indiferencia, que la paz no sea dimitir de mi compromiso de justicia, de colaborar con la justicia en este mundo, y por eso tengo que ser diligente y tomarme la vida en serio.

Deseo natural divino de confianza. Sufrimos mucho por no confiar en los demás; existe una gran herida en el corazón del hombre, la herida de la desconfianza: nadie se puede fiar de nadie. Jesús nos dice: "Venid a mí", y confiad: "No os agobiéis por el mañana". Cuando Jesús dice "no os agobiéis por el mañana" es porque sabe que nuestro deseo de confiar choca con nuestros miedos.

El pecado capital que distorsiona este deseo de confianza es el de la avaricia. ¿Por qué? Porque la avaricia consiste en agarrarse a cualquier cosa que calme mis angustias y temores. Como me cuesta confiar, necesito agarrarme a cosas que me dan seguridad. Es igual que el niño que se agarra al osito de peluche para vencer sus miedos; el adulto necesita ver que en la bolsa han subido sus acciones y se siente tranquilo.

Cada uno se está agarrando a su particular osito de peluche para vencer sus miedos y sentirse seguro. La avaricia de tener más cosas es buscar falsas seguridades. Y no es cierto; en el fondo, tú no sabes confiar en Dios, tú no sabes confiar en la providencia de

Dios. Dios te cuida. La avaricia es el pecado capital que ha distorsionado esa búsqueda de confianza buscándote falsas seguridades en tantas cosas.

La virtud contraria a la avaricia es la virtud de la generosidad. La generosidad supone un ejercitarte en la confianza. Si yo soy generoso, me voy a desprender de mis bienes, que Dios ya me ayudará. Yo me desprendo de mis bienes ¿y, si lo necesito?, ¿si le doy esto a este y luego lo necesito yo?... ¡No! voy a guardarlo todo, por si acaso lo necesito todo. ¿Y Dios no va a cuidar de ti? Sé generoso, que Dios ya cuida de ti.

La generosidad es la virtud que sana la avaricia y permite vivir el deseo de confianza que Dios sembró en tu corazón. Confía, estás en manos de Dios; no pretendas tenerlo todo controlado, no te pienses que todo tienes que tenerlo sujeto ahí. ¡¿A dónde vas tú?! Despréndete y confía.

En resumen, el deseo de confianza se consolida en la medida en que nos esforzamos en ponerla en práctica, de lo contrario, se debilita. Siendo generoso, uno se ejercita en la confianza porque aprendes que Dios te cuida. Me desprendo de todo y Dios cuida de mí; ¡Es impresionante!, uno crece en confianza, crece en que está en manos de Dios.

Deseo natural divino de bienestar. Primero, tenemos un instinto de supervivencia y nadie es masoquista; ser masoquista es algo contrario a lo que Dios sembró en nosotros, que es el deseo de cuidarnos a nosotros mismos. El deseo de supervivencia y de cuidado de uno mismo, es un buen deseo sembrado por Dios. Es la satisfacción de las facetas que necesitamos de nuestra vida: físicamente, psicológicamente, socialmente, materialmente. Tenemos un deseo de supervivencia.

El deseo de bienestar es algo natural puesto por Dios en nosotros, y desear los bienes en los que yo pueda apoyarme para tener ese bienestar es natural, eso no es ser egoísta. Se puede hacer una lectura dualista de materialismo y espiritualismo, que no se dé cuenta de que yo deseo, y por eso Jesús nos dice, ¡Pedid y se os dará! el que tiene una enfermedad pide la salud, y todas las necesidades materiales son totalmente comprensibles.

Esta mañana una persona se me ha acercado y me ha dicho: "Pida, señor obispo, pida por mí para que no me echen de la habitación". Me he quedado conmovido; que alguien te diga eso te conmueve. Obviamente esa persona tiene un deseo de bienestar, ¿no lo va a tener?

El pecado capital que corrompe el deseo de bienestar es la gula, porque termina sustituyendo el cuidado de nosotros mismos por la autocomplacencia. Una cosa es cuidar de ti mismo y otra cosa es estar continuamente autocomplaciendo, y entonces lo que era un cuidado digno de ti mismo pasa a ser indigno.

La gula esconde un intento de saciar tu hambre emocional, psicológica, relacional, espiritual; la gula está tapando tantas cosas. Detrás de la gula se esconde un problema no tener control de sí mismo, pasar la frontera del cuidado de ti mismo a estar atrapado en la autocomplacencia, en el placer que te produce la autocomplacencia.

El culto del cuerpo, la obsesión por los regímenes alimenticios... Hay tantas cosas. Claro que es bueno cuidar la salud, claro que es bueno cuidar los alimentos, pero hacer de eso una obsesión... Es tan fácil pasar esa frontera, del cuidado del bienestar a la obsesión por ello. La ortorexia, es la relación obsesiva y desordenada por la comida sana, por ejemplo; ¿es bueno tener comida sana? Sí, pero hacer de eso una obsesión... Es la distorsión del maligno, que, del deseo de bienestar, a través de la gula, ha hecho una obsesión en tu vida, estás atrapado por esa obsesión.

Y la virtud contraria al pecado de la gula es la templanza, que favorece la vida consciente, porque te lleva a vivir respondiendo a la pregunta: ¿qué es lo que necesito realmente para el bienestar?, ¿qué cosas necesito y qué cosas no necesito?

La templanza te da un señorío sobre ti mismo, sobre tus deseos, y la templanza es absolutamente necesaria para conducirnos y para buscar el verdadero bienestar. En resumen, es muy importante quererse a sí mismo, saber disfrutar sanamente de la vida, porque el deseo de bienestar es como un preanuncio de la plenitud de vida que Dios quiere dar en el cielo. Pero, mientras tanto, aquí es del todo necesario que el deseo de bienestar sea asistido por la templanza, porque si no, vas a verte atrapado por tus obsesiones, por la obsesión de autocomplacencia.

Por eso es tan importante dar ciertas batallas en esta vida. Por ejemplo, recuerdo que en nuestra infancia fue muy importante la batalla de "esto me gusta, esto no me gusta", al comer. Esa batalla hay que darla; como tú no des esa batalla en esta vida, al final vas a vivir totalmente atrapado por tu capricho. El "me gusta, no me gusta, me apetece, no me apetece"... esa batalla hay que darla. No confundas eso con el bienestar. La templanza es necesaria para vencer esa distorsión de la gula.

Y, por último, el séptimo de los deseos: **Deseo natural divino de comunión**. Dios sembró en nuestro corazón el deseo de comunión, entre nosotros, interpersonal. Tenemos un deseo de unión con los demás, de amar y ser amados. Existimos en esta dimensión relacional de amar y ser amados.

Decía la Madre Teresa de Calcuta, que la soledad y el sentimiento de no ser querido es la mayor pobreza. La forma más habitual de encauzar este anhelo de comunión suele ser el matrimonio; la más habitual, no la única, pues también está la amistad, están otras muchas formas relacionales.

Nuestro cuerpo tiene también una sacramentalidad para expresar el significado nupcial. No es bueno que el hombre esté solo; en el acto amoroso del hombre y la mujer se expresa la vocación a la comunión que el hombre ha recibido.

El abrazo de amor matrimonial es uno de los cúlmenes en los que se visualiza esa vocación a la comunión que hemos recibido. Como digo, no es la única forma: en la amistad, en la vida consagrada, en la paternidad y en la sponsalidad de la vida consagrada también se expresa esa llamada a la comunión que Dios nos ha dado.

Ahora viene el maligno con el pecado de la lujuria, que es el pecado capital que distorsiona el deseo humano de comunión, haciendo creer que el mero contacto físico lo colmará, haciendo creer que la relación sexual va a ser capaz de plenificar el deseo de comunión que tiene el hombre. No es verdad.

El pecado de la lujuria consiste en tratar a las personas como objetos de placer, de modo que se separan, de modo antinatural, el cuerpo del alma. Es como pretender que la relación meramente carnal y corporal alcance la comunión sin tener un encuentro con el alma de la otra persona; y si no tengo un encuentro con el alma de la otra persona, no hay comunión. No nos quepa la menor duda de que detrás de la lujuria, en el fondo, el hombre está buscando algo superior: está buscando la comunión.

Chesterton era intuitivo y atrevido, y llegó a decir que el hombre que llama a la puerta de un burdel en realidad está buscando a Dios. ¡Fíjate qué atrevido decir eso! El hombre que se droga y se pincha con una aguja en su vena, está buscando a Dios y no se ha enterado. Busca una comunión que no va a alcanzar. La lujuria distorsiona, piensa que en ese contacto corporal va a alcanzar algo, pero no será así, porque no ha alcanzado la comunión con el alma de las personas.

La castidad es la virtud necesaria para sanar el pecado capital de la lujuria, y es totalmente necesaria para guardar la integridad de la persona. Cuando estamos llamados a la comunión, estamos llamados a descubrir de qué manera Dios me llama a la comunión.

Todos estamos llamados a realizar una vocación de amor; cada uno la tiene que descubrir. El maligno viene y te dice: "Agarra todo lo fácil, el primero que se te cruce por tu vida; ¿es casado?, no importa". ¿Cómo que no importa? Nos está distorsionando la llamada a la comunión. El maligno tiene esa capacidad de estar emborronando nuestra confianza en que Dios es el que tiene que iluminar de qué forma concreta estoy llamado a realizar la vocación a la comunión. Dios es el que debe de iluminar cuál es la forma concreta, la vocación, el estado en el que yo tengo que descubrir la vocación a la comunión.

En resumen, es muy interesante la aportación que hace Gregory Popcak en su libro *"Dioses rotos, los siete anhelos del corazón humano"*, porque nos ayuda a la tesis

primera, la afirmación de partida: Entender que no es cierto que el hombre, en su búsqueda de Dios, tenga que renunciar a sus deseos humanos. Todo lo contrario: el hombre está llamado a reconocer la llamada de Dios en los deseos humanos. Dios ha venido a dar plenitud a tus deseos, Dios no viene a frustrarlos, viene a darles plenitud.

Cuando decíamos si el cristianismo es significativo y atrayente para el hombre de nuestro tiempo o no le dice nada, yo creo que el hombre de nuestro tiempo, el hombre herido, ese hombre narcisista que sufre tanto por no saber amar, el hombre que queda desconfiado, ese hombre necesita de la sanación, de la purificación de sus deseos para buscar una plenitud.

Si es significativo para él, el cristianismo que le enseña a descubrir qué es lo que verdaderamente está deseando, porque camina a ciegas. Aquel que está, bien sea por la desconfianza mutua, bien sea por el narcisismo, bien sea por el pansexualismo, aquel que camina atrapado por sus deseos camina a ciegas; no sabe exactamente qué es lo que está deseando, qué hay detrás de sus deseos y creo que el cristianismo es realmente luminoso para él.

Creo, verdaderamente, que el cristianismo es una gran aportación, una gran luz para el hombre de nuestro tiempo, totalmente necesario para que alcance su felicidad, la plenitud de su deseo de felicidad. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.